

### **Unidad 3**

- Objetivos específico 3: Analizar los fenómenos, efectos y producciones culturales con el objeto de comprender la naturaleza cultural humana.

### **3. Manifestación humana**

El hombre se conoce por lo que hace y produce, esto es, por las evidencias de su actuar. Este rasgo tangible es el que nos permite acercarnos al conocimiento de su carácter, espíritu y pensamiento; incluso al fondo de su imaginario y emocionalidad. La preocupación no radica en qué es lo que hace el ser humano para manifestarse, sino qué significado le da a lo largo de la historia.

Durante siglos los estetas han tratado de revelar ese sentido significativo contenido en la producción humana pero en poco han avanzado. Se ha descubierto que mientras que se está logrando el consenso, rápidamente aparece el disenso de la generación siguiente. Los valores y referentes cambian y con ello los valores y la actitud a través del cual se perciben.

Luego entonces, cabe advertir que en esto no habría lugar a la angustia. Mejor, modificar hacia el entusiasmo que genera sabernos incapaces de abrazar los absolutos. La manifestación humana es en absoluto ella misma, sólo habría que darle un acompañamiento registrando paso a paso en su recorrido los derroteros que bien pueda tomar mañana.

#### **3.1. Cultura, componentes e importancia**



Hay una estrecha relación entre las identidades colectivas y la diversidad cultural en el sentido de que las primeras forman parte de una construcción simbólica compleja fundada en las entrañas de la segunda. Sin embargo, la integración de las sociedades modernas pasando por distintos niveles de visión se vio identificada de manera primitiva en un orden estamentario para luego evolucionar hacia una concepción horizontal, más

dinámica y equitativa.

Saber de estos enfoques no implica que se hayan superado los estadios para devenir en la conformación de un orden más justo. En el mundo contemporáneo siguen persistiendo concepciones de tipo estamentario y elitista que repercuten de la conducta de unas sociedades dominantes sobre otras más débiles; el puro hecho de clasificar a las naciones del primer mundo por sus tácitas ventajas respecto a las naciones subdesarrolladas explica dicho aspecto. Unas naciones así legitimadas tratan de imponer

concepciones segregacionistas bajo el argumento de la legítima universalidad y su evolución diferenciada.

Los ajustes que se han verificado, sobre todo a lo largo de los últimos cincuenta años respecto a la cultura, nos dan una idea de cómo la deconstrucción y negación de otras identidades generales han permitido la creación y fundamentación de nuevos modelos, a veces incluyentes, otros más excluyentes. Así convive lo popular con lo arcaico; lo contemporáneo con lo históricamente antiestético.

*Desde el punto de vista de la situación social, la realidad sólo ha mejorado significativamente para las clases media altas y la burguesía. Es cierto que disminuyó el analfabetismo rural, pero ello en lugar de servir para concientizar a los campesinos, amplió el número de lectores de revistas ilustradas y comics sin ningún valor cultural [Gomezjara, 2002; 432]*

La cultura se define, grosso modo, en la propia actividad humana. La conducta colectiva es el fundamento de todo su perfil y sin embargo, no existe un término en concreto y universal que contenga la noción para referirla. No será sino hasta el siglo XVIII que la palabra cultura se consolidó en un giro metafórico, tomando del argot agrícola cultivo una traslación y llevarla a la formación del espíritu y el intelecto humanos. El producto al esfuerzo humano en consonancia con la delicada inconmensurabilidad de la naturaleza fue lo que se calificó como cultura [Puga, 1999; 57].

Sin embargo, para Gabriel Zaid en su brillante artículo *Tres Conceptos de Cultura* (2012), existen tres modos por los cuales mirar el fenómeno de la cultura para occidente: a) un primero bajo el concepto clásico, b) otro bajo un concepto ilustrado y c) un último a través del concepto romántico.

En general, se advierte que la cultura es un tejido que abarca formas y expresiones imaginarias y simbólicas muy variadas dentro de una misma sociedad. Las costumbres, las prácticas, las maneras de ser, los hábitos y los rituales; la adopción de la vestimenta y las normas de comportamiento son aspectos significativos que le integran. El hábitat es el conjunto de condiciones físico-geográficas que integran junto con la cultura el ambiente donde vive el hombre. Cultura en ese sentido es la parte del ambiente fabricada por el hombre [Gomezjara, 2002; 190].

Así, no se limita la comprensión de cultura al conjunto de meras informaciones y habilidades que posea un determinado individuo. Esta noción no resuelve en nada la comprensión social que se intenta desarrollar. Si bien es cierto que existe un aspecto de identidad éste es tomado en cuenta siempre que comprenda otros aspectos ambientales menos felices como la aculturación.



La UNESCO (1982) propone la siguiente definición, en donde: *la cultura permite al ser humano la capacidad de reflexión sobre sí mismo: a través de ella, el hombre discierne valores y busca nuevas significaciones*. Luego entonces, las consideraciones antes señaladas por Zaid respecto a las concepciones de cultura enriquecen su definición aunque a veces parezca de-construirlas mediante tal revisión diacrónica para su manejo discursivo.

La disertación mencionada pasa por atender los orígenes del concepto bajo la expectativa clásica en donde cultura determina una auto-gestión del individuo, por supuesto, en el cultivo de sus capacidades espirituales siempre para alcanzar altos ideales como la libertad; en la formación del *cultura anima* se postula (Cicerón) la construcción de virtudes que permitan al hombre vivir.

Durante mucho tiempo, la concepción clásica pervivió y alimentó un carácter discriminatorio en tanto que subyugó a quienes no tenían el privilegio de poseer saber y una aproximación a la identidad clásica. De tal manera, la cultura se legitimó entre conductas dominantes, de orden imperialistas misma que perduró por más diez siglos de “oscurantismo” medieval. No será sino hacia la ilustración que la crítica intelectual (gr. *kritic* o “renovación”) se replanteará un enfoque generalizante sobre la cultura. Esta renovación conceptual fue fundada por el espíritu emancipador adoptado por el deísmo y el racionalismo del siglo XVII, así, para este momento: *No es la cultura personal, sino social. Incluye el patrimonio acumulado por los grandes creadores, el saber alcanzado, el buen gusto, la pulida civilidad de las costumbres, las instituciones sociales, empezando por la propiedad.* [Zaid, 2012; ¶ 10]



Sigue perdurando, sin embargo, una situación dominante si bien ya no manifiesta al menos velada, trasladada a la figura de la propiedad. De manera que pervive la discriminación contra lo que socialmente se ha considerado “inferior”, esto es, que no logra alcanzar las cotas de civilización. Así, hay un grado de logro entre el primitivismo y la civilización. Lo idóneo, lo utópicamente deseado por los ilustrados, es que todas las sociedades alcancen el grado de desarrollo ideal que pasaría por superar el propio “estancamiento cultural”.

La influencia de tales enfoques permiten la construcción de explicaciones tópicas basadas en las condiciones físicas del lugar como condicionantes para la construcción de referentes culturales y por las cuales se ha justificado la dominación europea sobre las culturas africanas o asiáticas [Gomezjara, 2002; 410]. O bien, la histórica en donde se ve

la cultura como una herencia perdurable sobre un colectivo que carece de un referente similar: la dominación del idioma inglés.

Tiempo más tarde se considerará la construcción psicologista de la realidad, comprendida en el complejo de representaciones simbólicas, pero vinculada al “desarrollismo” económico; se impone un modelo estructural que concreta los símbolos pero pautándolos por interrelaciones y significados asignados de forma arbitraria (semiótica), representaciones que a veces chocan y atacan los criterios y referentes del propio colectivo.



El pueblo-contrato con mezclas y acentos variables, fue zócalo de toda nación moderna, base que ahora busca eliminarse. Pero la acentuación unilateral de los factores políticos (deliberativos) atacando al colectivo han demostrado tener límites. Indudablemente, la producción de una confianza transnacional entre ciudadanos en un mundo globalizado no ha podido establecerse a nivel de una cultura particular y cotidiana [Martucelli, 2006; 103].

La deconstrucción del concepto cultura en la época moderna pasará por una democratización en sus fundamentos: sin predominio de un criterio dominante y sectario como ocurrió entre los románticos; para Zaid fue su capacidad de considerar la trascendencia lo que les permitió crear un modelo cultural integrador y dinámico: el espíritu del superhombre. Esta concepción ve a la cultura como una construcción de la identidad colectiva por lo que defiende las creencias, hábitos, usos, tradiciones y costumbres autóctonas y locales frente a la barbarie homogeneizante pretendidamente humanista [Zaid, 2012; ¶ 12].

Así, a las concepciones clásicas e ilustradas en la construcción de cultura se contraviene una romántica no elitista, dinámica, aperturista, progresista e incluyente. Esta concepción se ha visto muy enriquecida con razonamientos sociales como los antropológicos, sociológicos e históricos. El romanticismo trata de alejarse del paternalismo, el cual enaltece sólo el esfuerzo de unos cuantos, con observaciones y explicaciones que ponderan la importancia de la actividad colectiva. La cultura que tiende a explicarse por ese dinamismo colectivo y no por la sobrenatural capacidad individual y heroica de unos cuantos gana la partida con rumbo hacia la modernidad.

### 3.2 Conciencia e integración colectiva

La expresión “Conciencia Colectiva” fue acuñada por el sociólogo Émile Durkheim (1858-1917) en *el conjunto de creencias y sentimientos comunes al término medio de los miembros de una misma sociedad, forma un sistema determinado que tiene vida propia: podemos llamarlo conciencia colectiva o común*. Es, pues, algo completamente distinto a las conciencias particulares aunque sólo se realice en los individuos.

Una sociedad, una nación o un grupo constituyen una entidad que se comporta como una unidad total. La conciencia colectiva, esa que determina las acciones de la humanidad, no es algo meramente abstracto; para explicar su evolución requiere instalársele en las dimensiones que hacen al universo.



El término análogo que mejor podría referir una *conciencia colectiva* en términos de una abstracción absoluta sería el *espíritu general*. Pero al hablar de conciencia es claro que no se puede dejar de lado la contención de ésta en el cuerpo: enlace entre sus distintos componentes y sus estados de conciencia. Es la conciencia, al parecer una sucesión lineal definida: pasado → presente → futuro, pero inamovible en su unidad total.

Conociendo la noción del tiempo o duración de las cosas, el hombre puede hacer un paralelo en donde tiempo y espacio se desarrollan al mismo tiempo. La descripción de la conciencia entonces, no se vuelve cartesiana sino supraposicional en donde los planos se van moldeando uno en función del otro.

Cuando la esfera de conciencia se comienza a expandir, su comportamiento es como el de una burbuja que se infla y se desinfla aleatoriamente con el contacto del suelo. A veces parece tener dominio de todo en la comprensión de las cosas, a veces puede parecer pérdida del sentido. La conciencia abarca así todos los aspectos de la realidad muy similar a un estado onírico (de sueño), donde aún las cosas más ilógicas se comprenden y todo es claro.

Esta flexibilidad dimensional es lo que hace de la conciencia, individual y colectiva, un asunto sumamente complejo de abarcar con sólo dos o tres postulados teóricos. Así

mismo, la cultura y sus referentes socioafectivos, ideológicos, antropológicos y sociológicos son similarmente inestables. Por ello es que en tanto las razones que concretan una consciencia no estén determinadas por la pared transparente de sus límites ésta fluctuará entre el suelo de la objetividad y de la subjetividad.

Esa consciencia colectiva es la responsable de que las masas humanas tengan un aspecto confuso, muy cinésico pero confuso. Nada hay debajo de la burbuja que el etéreo divagar aferrado al suelo. Más bajo la inestabilidad persiste la figura de la burbuja que es la identidad alimentada por esa consciencia. Por eso no hay culturas mediocres, o negaciones o despojos de cultura. Mientras haya consciencia colectiva habrá un atisbo de legítima cultura.

Por otro lado, aceptando la inestabilidad definitoria de la consciencia, lo que sí representa una concreción en su dimensionalidad es su capacidad integradora en esas partes hallando sentido de existir en su unidad: del latín, *integrāre* [DRAE, 2014]. La integración constituye una abstracción que aplicada a las ciencias sociales puede resultar riesgosa. La integración social, cual producto de esa consciencia ya descrita, tampoco es inamovible. Los colectivos se encuentran siempre evolucionando, generando contradicciones desde el seno del factor socioeconómico, de lo cultural y en ese sentido, se ven obligados a replantear permanentemente su sentido de integridad [Gomezjara, 2002; 190]. Así entonces, no debemos entender la integración al menos en el área social como una unificación *a fortiori* entre las partes; de hecho, las partes en sí mismas guardan un cierto distanciamiento tensional a veces distante a veces muy cercado.

Por causa de la inestabilidad, el estudio de la *integración social* se ha visto afectada por dos enfoques: uno, el enfoque *ahistórico* y el otro, un enfoque *por consenso* [Gomezjara, 2002; 191]. Por un lado, el enfoque ahistórico se contrapone a la movilidad funcional; es quizá la más reaccionaria de las explicaciones sociales, en donde la discreción se impone, multilateralmente, con un proyecto que niega la historia, atacando la crítica. Muchos de los estados nacionales, y entre algunos grupos políticos en México no es la excepción, se generan proyectos nacionales bajo esta apariencia; buscan integrar a la sociedad bajo la homogeneidad a costa, sin embargo, de minar el reconocimiento local.

En la concepción ahistórica, no hay lugar para la discordancia, para la autonomía; ésta se erige en el valor de la autoridad, con lo cual, decisiones, opiniones e ideas se derivan hacia un mismo sentido. Con los medios masivos de la comunicación y en especial de la televisión se puede ilustrar mejor esta concepción, especialmente, porque centran en la homogeneización de las actuaciones (consumismo) su más legítima función.

En materia social contemporánea, se ha desvirtuado el concepto de integración bajo un sentido de dominio, esto es, en una actitud de dominación que propugna la extensión del dominio de un ante cultural por sobre otros, ya sea imponiéndolo por la vía militar, económica, política o propagandística (cultural). Dentro de las sociedades de consumo esta comunicación de masas pareciera transformarse en una mera industria cultural (T. Adorno) en donde sólo se trata de producir objetos que luego de perdido su significado se desechan para renovarlos; otros autores la nombran:

*(...) como sinónimo de sociedad urbana de masas e incluso como cultura "fácil de digerir". Pero independientemente que sea todo ello, la esencia de la comunicación masiva viene a ser su carácter industrial y por lo tanto de mercancía, no importa*

*que sea comercial o política, elaborada por una empresa privada o por el Estado [Gomezjara, 2002; 371]*

Su lado opuesto hállese reflejado en el enfoque del consenso. A partir de la construcción colaborativa y la dialéctica entre intereses históricos, ideológicos y espirituales, los principios y valores fundacionales son los que por extensión dan el sentido de pertenencia a las diferentes partes que integran el todo: hibridación [García Canclini, 1997; 111]. Aquí no hay unilateralidades. La conducta de convivencia se toma multilateral, por lo que la vida social es un permanente proceso de puntos de encuentro, desequilibrios y reequilibrios.

Las ONG's, al igual que otros actores organizados, confían en la potencialidad que la acción colectiva brinda a las iniciativas individuales cuando se conjuntan en favor de un bien común. Éste puede ser inmediato –la construcción de un mercado en el barrio, la demanda de mejores servicios de transporte, etcétera- o tener un carácter más general –la defensa de las comunidades indígenas o la protección de la mariposa monarca, por ejemplo-. [Puga, et al. 1999; 47]



Los procesos revolucionarios en Rusia (1917-1922) tuvieron que pasar por un intenso proceso de integraciones por consenso, aunque, hacia la imposición del sistema económico stalinista esta situación se vio desvirtuada transitando hacia la ahistoricidad. Casi similar ocurrió entre los grandes movimientos reivindicatorios latinoamericanos que devinieron en el mismo caso: Cuba, Venezuela, Bolivia, etcétera.